

# NOTAS

## LA FIESTA CERVANTINA DEL LIBRO

El benemérito editor catalán Vicente Clavel, fundador de una notable editorial a la que dio el nombre de Cervantes, entendía su profesión, como les sucedió a Lázaro Galdiano, a Ortega y Gasset, a Sainz Rodríguez y a tantos otros, más como empresa educadora, que comercial.

Llevado de su admiración hacia el príncipe de nuestros ingenios, de acuerdo con su elevada idea del libro, confiado en los grandes beneficios que la lectura proporciona al hombre y deseando hacer partícipes de ellos al mayor número de españoles, propuso a sus colegas los editores y éstos, de común acuerdo, elevaron a un Comité Oficial del Libro que poco antes se había creado para favorecer su desarrollo, la idea de la instauración de una fiesta anual del libro español el 7 de octubre, que era, según una creencia ampliamente admitida, el día del nacimiento de Cervantes. Honrando a Cervantes, pensaba y pensaron todos, se homenajeaba, al mismo tiempo, a los autores españoles, que se sentirían dignamente representados por él.

La propuesta fue convertida en realidad por un Real Decreto de 6 de febrero de 1926 firmado no, como cabía esperar, por el Ministro de Instrucción Pública que por entonces lo era el inefable don Eduardo Callejo, tristemente célebre por la imposición del texto único y por la elaboración de un poco afortunado plan de estudios de bachillerato, sino por el Ministro de Trabajo, Comercio e Industria, don Eduardo Aunós, que gustaba, ya entonces, y siguió gustando después tanto de la gloria literaria que para conseguirla y disponiendo de poco tiempo libre por sus actividades políticas, no dudó, según afirmaban malas lenguas, en buscar la ayuda de la pluma mercenaria de algún que otro negro.

Con la nueva fiesta, conforme a la parte expositiva de la disposición, se pretendía rendir pleitesía a los genios de la raza, divulgar las concepciones de los escritores españoles y facilitar la expansión de la lengua y del alma hispánicas, para enaltecer la Patria y agrandar y fortificar sus prestigios insuperados.

La fiesta debía tener la máxima amplitud y por ello se ordenaba que en las Reales Academias, en los centros docentes, en los cuarteles, en los buques e incluso en los establecimientos de beneficencia se celebraran sesiones solemnes o conferencias de exaltación del libro español, que, al decir de la mencionada exposición de motivos, era sagrario imperecedero que difunde y expresa el pensamiento, la tradición y la vida de los gloriosos pueblos hispanoamericanos, y plasma y perpetua las concepciones del genio de la raza, vigorizando sus energías espirituales y abriendo cauces de expansión al vínculo más indestructible de muchas generaciones humanas.

Frente a este programa pomposo y de relumbrón, que a lo más que podía aspirar era a convencer a los convencidos y cuyos frutos en la búsqueda de nuevos lectores habrían de ser, por necesidad, muy pobres, se establecían algunas medidas económicas para facilitar la creación de bibliotecas y el desarrollo de las existentes, se instituían premios periodísticos para estimular el amor al libro y se recomendaba a los libreros que concedieran un descuento del 10 por 100 a los que adquirieran libros el día de la fiesta.

Casi tres décadas han estado los ayuntamientos consignando en sus presupuestos, de acuerdo con este decreto, unas cantidades de consideración para compra de libros, que, en general, no han ido a parar a ninguna biblioteca ni fueron leídos por los que debían haber sido sus naturales lectores. En realidad, los créditos presupuestarios sólo sirvieron para comprar libros de escaso interés a amigos y correligionarios políticos.

Tampoco han servido de mucho los premios periodísticos, que a pocos deben de haber incitado a leer y a escasas autoridades a fundar bibliotecas. Pero quizá en ellos puede estar el origen remoto de los premios nacionales, que, junto con los numerosos concedidos por ayuntamientos y especialmente por las editoriales, han tenido la virtud de popularizar el nombre de algunos autores y permitido la realización de grandes tiradas. Punto y aparte merece el premio Cervantes, concedido por el Ministerio de Cultura a grandes escritores españoles e hispanoamericanos contemporáneos (Guillén, Carpentier, Dámaso Alonso, Borges, Gerardo, Sabato, Paz y Rosales) y que entregan los Reyes de España en el día de hoy en la ciudad natal de Cervantes, en el Paraninfo de la vieja Universidad Complutense, dando así la máxima brillantez a esta vieja fiesta del libro.

En cambio, parece haber tenido más éxito la idea de acercar al público el libro, ofreciéndoselo en la calle y con descuento en su precio y es ya vieja costumbre pasear las calles primaverales contemplando los alegres tenderetes con libros colocados en las aceras el 23 de abril, día

de la muerte de Cervantes y al que fue trasladada la fiesta a los cuatro años de su instauración.

De este aspecto de la fiesta surgieron las ferias, que con el señuelo del descuento y de las vistosas casetas llenas de libros con atractivas cubiertas y emplazadas en gratos paseos, primero en Recoletos y luego en el Retiro, han ampliado el número de compradores de libros y han coadyuvado a la configuración de la curiosa y anómala situación del libro español, caracterizada porque durante medio siglo han sido muchos relativamente los compradores y pocos los lectores, resultado natural de una acción política equivocada, que se limitaba a lanzar huecos elogios sobre el libro y se desinteresaba de favorecer la lectura pública y la creación de nuevos lectores, mientras que los editores se hacían cada día más agresivos. Cualquiera podría llegar a la conclusión de que este anómalo resultado se debió a que los políticos tomaron en serio la broma cervantina de que los libros pueden secar el seso y enloquecer, sin darse cuenta de que si la sobrina y el ama, personas incultas, eran partidarias de arrojar todos los de don Quijote por la ventana al patio y hacer en éste o en el corral un rimerero con ellos para pegarles fuego, el cura del lugar se opuso a su destrucción sin un examen o censura previos y el bachiller Sansón Carrasco, representante de los simples lectores sin prejuicios, hacía suya la expresión de Plinio de que no hay libro tan malo que no tenga algo bueno.

Por otro lado, la citada evolución parecía estar predeterminada en el momento creacional de la fiesta, pues la idea, como sabemos, fue de un editor y no de un maestro, un bibliotecario o un escritor, y la llevó a la Gaceta el ministro de Trabajo, Comercio e Industria y no, como habría parecido natural, el de Instrucción Pública.

Estas mismas consideraciones me estaba haciendo nada más recibir del Presidente de la Asociación Cervantina, mi buen amigo José Antonio Cabezas, la amable invitación para intervenir en este acto. Deseché la idea de recurrir al análisis literario, que casa mal, a mi entender, con el carácter de pregón de este acto, así como a la tentación del discurso epidéctico, para el que, sin embargo, el marco y la ocasión parecen propicios, y al que en anteriores ocasiones recurrieron con gran brillantez ingenios más granados y queridos por las musas que el mío. Pensé que debía limitarme a exponer, de acuerdo con mi profesión, unas ideas sobre la necesidad de la lectura pública en nuestro país en estos momentos, remachando así una especie de cruzada personal a la que me vengo entregando a través de artículos y charlas dadas en provincias desde hace años, y en la que ahora gusto de insistir al considerar que vivimos unos momentos propicios para que aumente considerablemente el número de españoles que leen libros y para que la lectura pública sea un servicio a disposición de la mayoría y no sólo de grupos afortunados. Por otra parte, pocas personas han sentido más atracción por el fenómeno literario y por la lectura, han tenido más fe en la función social del libro que Cervantes y de ahí que, analizándola, estemos dentro de su pensamiento y dentro de una de las ideas que más gratas le hubieran resultado.

Veamos cuál ha sido esta función. El desarrollo de la humanidad ha estado íntimamente ligado al del libro. El nacimiento de la escritura permitió, hace cinco mil años, la aparición del libro escrito y con él un aumento muy considerable de la memoria humana: nombres, cifras, conocimientos, deseos y pensamientos pudieron quedar reflejados para que fueran conocidos a lo largo de mucho tiempo y en lugares diversos y distantes. El libro escrito permitió la creación de las primeras grandes civilizaciones, de las primeras culturas elevadas y complejas, de los primeros grandes imperios de la Historia, los que surgieron y se desarrollaron durante tres milenios en las riberas de los ríos Nilo, Éufrates y Tigris.

Un notable progreso en el sistema de escritura, el descubrimiento y generalización del alfabeto, permitió que fuera secularizada, que dejara de estar exclusivamente al servicio del templo y del palacio, que terminara de ser una técnica secreta para uso de la clase social de los escribas y cualquier persona pudiera escribir, consignar sus conocimientos y pensamientos por escrito y conocer los consignados por otras personas. Las consecuencias fueron enormes.

El libro pudo hacerse contestario, poner en tela de juicio las normas morales y legales, revisar las cosmogonías y los mitos, defender nuevos valores éticos y combatir tanto la política tiránica de los gobernantes como las injusticias sociales. Por ello los responsables de estas ideas, los autores, nueva figura que, como consecuencia de este descubrimiento, aparece en la historia de la cultura en el primer milenio antes de Cristo, sufrieron persecuciones, que unas veces llevaron a la cárcel y otras privaron de la vida a profetas de Israel y a sofistas y filósofos en Grecia.

Un tercer paso fue la invención de la imprenta, según se ha venido en llamar lo que realmente fue la invención de la tipografía por Gutenberg a mediados del siglo XV. La impresión por planchas con textos escritos es mucho más antigua, aunque fue el instrumento complementario de la tipografía que permitió la multiplicación de los ejemplares.

Bien recibida al principio por la Iglesia y los gobiernos, pronto las autoridades cambiaron de parecer pues el invento permitía una difusión enorme de las obras y los impresores imprimían algunas en las que personas fuera de la jerarquía religiosa opinaban sobre cuestiones que ésta consideraba de su exclusiva competencia. Y reapareció, para evitar la circulación de las que se consideraban peligrosas, la censura, olvidada en la Edad Media, en forma de pragmáticas y del célebre Índice de libros prohibidos.

La imprenta también trajo la consolidación definitiva de la figura del autor, quien, consciente del valor de sus mensajes, concibió su actividad intelectual como profesión y pretendió vivir de su trabajo solicitando de los monarcas la concesión de privilegios que le permitieran la edición en exclusiva de sus obras. Cervantes precisamente recibió el privilegio del rey de imprimir y vender en exclusiva *El Quijote* durante diez años.

Una tercera consecuencia de la llegada del libro impreso fue la secularización del pensamiento, que originó un progresivo desarrollo del científico a costa del religioso, un creciente interés por los acontecimientos coetáneos y un puesto principal para la literatura profana o mundana, lo que supuso, por otra parte, una utilización generalizada de las lenguas vernáculas, pues cada vez había más gente, distinta de los clérigos y gobernantes, que leían libros, y fueron imponiendo sus gustos y aficiones los compradores, entre los cuales abundaban los comerciantes y los miembros de las clases liberales, los que terminarían llamándose con connotación peyorativa, burgueses.

En el siglo XIX el triunfo de la revolución industrial en el campo económico y el de la nueva ideología impuesta por las revoluciones americana y francesa permitió a los autores y editores ganar, poco a poco, la batalla de la censura y consolidar su situación profesional mediante leyes protectoras de la propiedad intelectual.

Por otra parte, el incremento continuado de los centros de enseñanza fue minando el analfabetismo y hoy, al terminar el siglo XX, en muchos países, y entre ellos el nuestro, una gran mayoría de la población es lectora, al menos potencial, de libros y publicaciones periódicas y unos y otras tienen una gran variedad temática para satisfacer las necesidades de personas con conocimientos, preparación intelectual y gustos muy diversos. Si son muchos los posibles lectores, también lo son los libros publicados. En castellano aparecen todos los años más de 40.000, cifra cuya magnitud puede ser estimada en su justo valor si añadimos que un lector normal suele leer menos de 3.000 obras a lo largo de su vida.

Pero, precisamente por su crecimiento descomunal, el libro se ha convertido en un objeto difícil de ubicar (no cabe en las casas particulares) y de localizar. Ya habló Ortega hace medio siglo de la selva salvaje de los libros entre los que nadie puede orientarse ni saber cuáles son los que le pueden convenir. Por si fuera poco, los conocimientos científicos y técnicos crecen con tal rapidez que el contenido de los libros envejece pronto y se llenan las estanterías de peso muerto de escasa o nula utilidad.

Pocas son las personas que tienen dinero suficiente para comprar todos los libros que les pueden interesar y espacio en sus casas para albergarlos, y menos son aún los que poseen conocimiento claro de la producción y por consiguiente son capaces de elegir los más apropiados.

Además, si en otras sociedades, no muy alejadas en el tiempo, la función de la lectura era complementaria, en la nuestra, tan rica en información y tan cambiante, es absolutamente necesaria, tanto la realizada por motivos puramente recreativos o de distracción, que puede ser una feliz terapéutica para las inquietudes individuales, como la que responde fundamentalmente a la búsqueda de información y que engendra beneficios sociales, pues de la consulta o lectura que se hace en busca de información suelen derivarse beneficios sociales que alcanzan a personas distintas del lector, o como la que busca la formación de la persona-

lidad, la elaboración de criterios propios, la comprensión de los sentires y pensamientos de nuestros semejantes.

Los políticos españoles han tenido una cierta comprensión por el libro y prueba de ello es, por ejemplo, la fiesta que hoy celebramos. Pero en él principalmente han visto la memoria de las generaciones anteriores y los testimonios de la pasada grandeza.

Pocos han comprendido que su importancia primera estriba en ser portador de mensajes actuales que informan sobre el progreso de las ciencias y las técnicas o sobre lo que acontece en el mundo en que vivimos.

Pocos también han advertido que puede ser un factor determinante de la movilidad social o de la elevación del nivel material de vida o de la feliz convivencia pues facilita la formación profesional, la mejora del rendimiento en el trabajo y aniquila las falsas ideas estereotipadas que tenemos de los demás, permitiendo que nos expliquemos y encontremos correctos algunos comportamientos del prójimo que hubiéramos tendido a definir como interesados o erróneos antes de la lectura de ciertos libros donde se justifican razonable y suficientemente.

Pocos han llegado a pensar que para que el libro rinda son precisas las bibliotecas, donde al lector le es fácil examinar varios libros sobre el mismo tema y elegir los que le resulten más apropiados, como han sido pocos en nuestro país los que han reparado en que la biblioteca puede ser un instrumento para la realización de políticas concretas orientadas al desarrollo de ciertos grupos, al cambio de actitudes o a la difusión de determinadas ideologías.

Nuestras autoridades se han desinteresado, en general, de la lectura pública a la que se accede mediante los tipos de bibliotecas que los bibliotecarios han ideado para satisfacer las diversas necesidades de los lectores de acuerdo con su capacitación y gusto. Nuestras bibliotecas públicas son pocas y las que existen sólo tienen recursos (libros, puestos de lectura y personal) escasos; nuestras bibliotecas universitarias, aunque ahora parecen estar en camino de transformación, no son capaces, ni mucho menos, de atender medianamente a las apetencias y necesidades de los alumnos, y las bibliotecas escolares prácticamente no existen, con lo que mantenemos cegada la fuente principal para despertar afición a la lectura, convertirla en hábito y hacer de este país un país de lectores.

De nada servirá una política en favor del libro o del autor que no se apoye en una política de desarrollo bibliotecario. Sin buenas bibliotecas, los libros seguirán comprándose, como objetos decorativos, más por su aspecto exterior que por su contenido y continuarán siendo leídos por una minoría. Los buenos autores no encontrarán incentivos que les decidan a escribir y continuarán quejándose del poco eco de su obra y del escaso rendimiento que obtienen de su trabajo. Además, la libertad de lectura que trajo la desaparición de la censura sólo será teórica pues muchos no podrán adquirir los libros de más interés para

ellos y ni siquiera serán capaces de conocer su existencia o sus bondades.

Sobre la conveniencia sentida en cualquier sociedad de favorecer una gran producción que recoja la abundante y rica información que genera la civilización contemporánea y de conseguir la generalización de la lectura para que de esta riqueza se beneficie el mayor número de sus miembros, destaca la que hemos de sentir los que hablamos la lengua de Cervantes, que formamos una de las más grandes comunidades del mundo en el día de hoy, destinada a ser más poderosa en el futuro, a poco que nos esforcemos.

La comunidad de los que hablamos la lengua española se asienta en una cultura común, que es una de las más importantes creadas por el hombre a lo largo de la Historia. Fundada en valores humanísticos, en ella encontramos la justificación de nuestra forma de ser al tiempo que nos sentimos satisfechos y orgullosos de estar integrados en ella.

Pero es que, además de satisfacciones morales, nuestra cultura, expresada en una lengua común, puede deparar otros beneficios por ser actual y potencialmente muy rica en información y, como es sabido, la gran riqueza del hombre, que en otros tiempos pudo estar en la agricultura, en la minería, en la industria o en el comercio, está hoy en la información, que pone a nuestro servicio los medios para obtener el mayor rendimiento de la riqueza material y descubrir otras fuentes aún más valiosas.

Pidamos, pues, a las autoridades no ya de España sino de la veintena de países que formamos la comunidad supranacional que faciliten la producción de libros y que no frenen con barreras su libre circulación, antes bien que las favorezcan con incentivos.

Que favorezcan también la labor creativa e informativa de los autores no interfiriendo en el contenido de sus mensajes y propiciando las medidas para que obtengan una justa recompensa por su trabajo que les permita realizarlo libres de preocupaciones ajenas al mismo.

Que para favorecer el desarrollo de la riqueza, conseguir ciudadanos conscientes, desterrar prejuicios y que reine la comprensión entre los hombres y la cordialidad en las relaciones sociales, procuren por todos los medios, la circulación de las ideas y no sólo la de los libros que las contienen, lo cual se consigue con la lectura y serán muchos los potenciales destinatarios de los mensajes de los autores que no llegarán a conocerlos si no se crean eficientes sistemas bibliotecarios.

Y expuestos estos deseos que muchos harán suyos, termino mi callejero pregón con un recuerdo emocionado para el primero de nuestros escritores y epónimo de este día, el gran don Miguel de Cervantes, al que tanto le debe la literatura universal, y que en vez de mostrar resentimiento por lo mal que le trató la vida, que es lo mismo que decir los hombres, dio al género humano una lección de bondad, de nobleza, de comprensión y de generosidad al concebir y escribir el libro más humano e importante concebido y escrito por un español: El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que ha sido, además, uno de los libros más

difundidos desde el mismo momento de su aparición, pues ya uno de sus personajes, el bachiller Sansón Carrasco manifestaba de él: «Los niños lo manosean, los mozos lo leen, los hombres lo entienden y los viejos lo celebran». Y es que posee la maravillosa característica de la obra clásica, que agrada no sólo a los coetáneos de diversas edades, sino a personas de épocas alejadas, pues su contenido, la historia y el mensaje, tiene validez perdurable.

Madrid, 23 de abril de 1983.

HIPÓLITO ESCOLAR